

E L SILENCIO QUEBRANTADO

Eve Gil

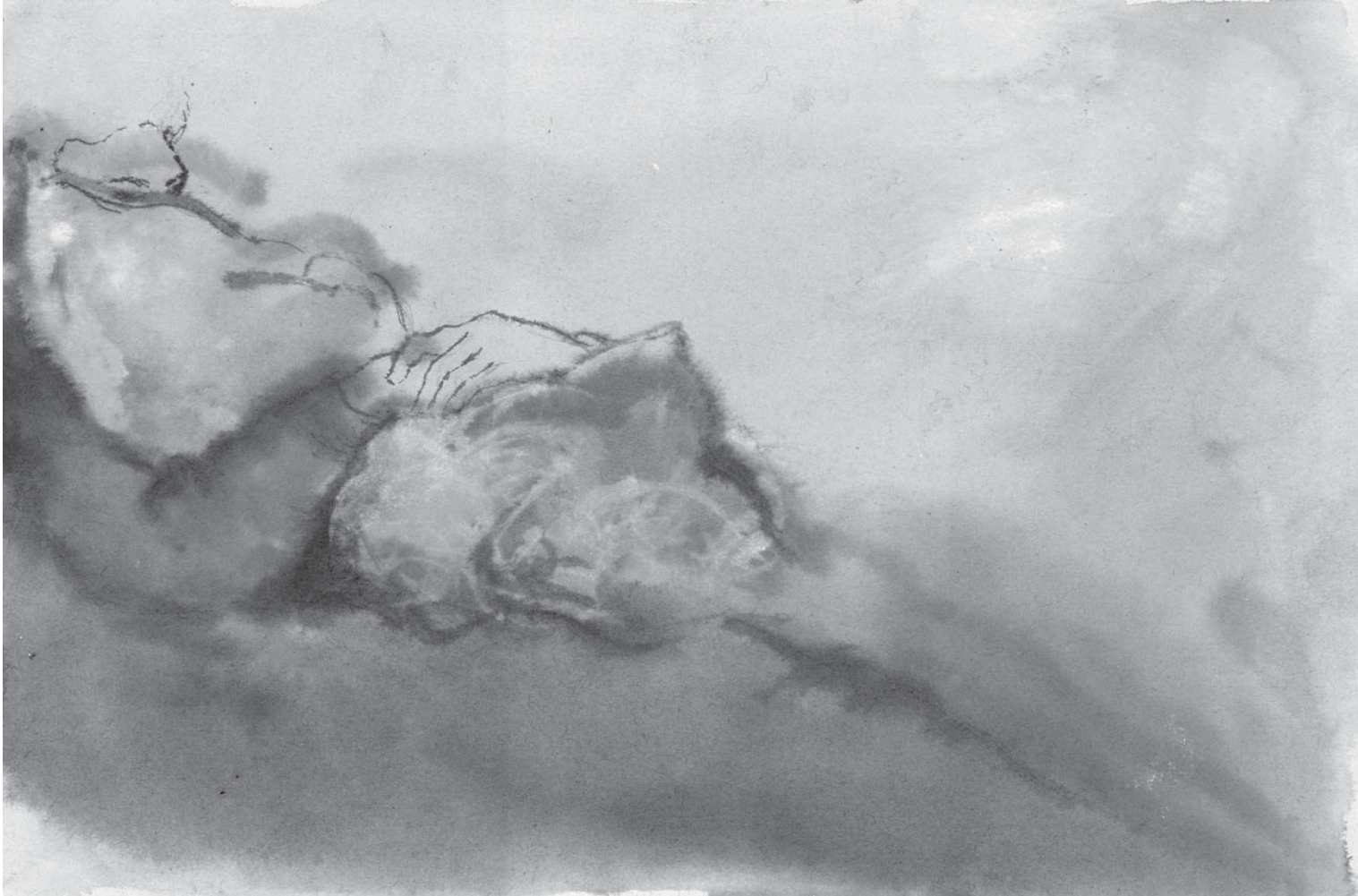
Eve Gil ha recibido diversos premios y becas por su trabajo periodístico y literario. Su más reciente novela, la tercera de su producción, *Réquiem por una muñeca rota* (cuento para asustar al lobo), fue editada en 2000 por el Fondo Editorial Tierra Adentro.

En toda historia tradicional hay un héroe y un villano, dos polos opuestos que representan al bien y al mal, la razón y la sinrazón: Sor Juana-Antonio Núñez, Mozart-Salieri, Teresa de Jesús-Ana de Éboli, Colette-Willy, Julio César-Bruto, Colosio-Salinas, etcétera. La historia de Sylvia Plath y Ted Hughes resulta especialmente ilustrativa al respecto. Todos sabemos quién era la víctima y quién el verdugo en esta historia que reproducía el esquema de tantas y tantas que tienen lugar desde Australia hasta Patagonia; de las que tenemos conocimiento directo o indirecto: el marido que engaña a su esposa abnegada, perfecta.

Los elementos que hicieron de esta circunstancia en particular un mito universal de la violencia conyugal fueron dos: el prestigio de los componentes de la pareja, siendo él un poeta bastante más reconocido que ella al momento de la tragedia, y la fatal resolución de la esposa de terminar radicalmente con la humillación y la tortura psicológica de la que era objeto. Al Álvarez, magnífico escritor inglés que fue vecino de los Hughes y tuvo además una amistad estrechísima con la pareja, fue el primero en recrear los últimos momentos de Sylvia en su libro *El dios salvaje, el duro oficio de vivir* (traducción de Marcelo Cohen, Barcelona, Emecé, 2003),

que no aborda sólo el suicidio de la poeta norteamericana sino que se mete de lleno en los mecanismos psicológicos del suicida y analiza también los casos de Camus, Dostoievsky, Beckett y Kierkegaard. Su experiencia con Sylvia, sin embargo, fue personal, la que vivió en forma directa. Nos cuenta en la página 51:

Esta es la versión oficial de los hechos y no existe una mínima razón para ponerla en duda, puesto que el parte médico certificó cada una de las palabras de Álvarez. Para la periodista y crítica literaria norteamericana, de origen checo, Janet Malcolm, autora de *La mujer en silencio* (traducción de Mariano Antolín Rato, Barcelona, Gedisa, 2003), el pro-



Hacia las seis de la mañana (Sylvia) subió a la habitación de los niños y dejó un plato de pan con mantequilla y dos jarros de leche, por si tenían hambre antes de que llegara la *au pair*. Después volvió a la cocina, selló la puerta y la ventana lo mejor posible con paños, abrió el horno, metió la cabeza dentro y giró la llave del gas.

Continúa en la página 52:

Cuando (la enfermera) llamó a la puerta de Sylvia no le respondió nadie y el olor a gas era abrumador. Los albañiles forzaron la cerradura y encontraron a Sylvia tendida en la cocina. Todavía estaba tibia. Había dejado una nota que decía “Por favor, llamen al doctor...”, y daba el número de teléfono. Pero ya era tarde.

blema del caso Plath no radica en las circunstancias que enmarcan su suicidio. No existe la menor duda de que Ted Hughes engañaba a Sylvia con Assia Wevill de manera ostentosa; que él se encontraba viajando con su amante por Devon al momento de morir Sylvia y que esta cumplió con sus deberes de madre y ama de casa hasta el último minuto.

Lo que preocupa a Malcolm y la impulsó a realizar este exhaustivo reportaje es, por una parte, el incesante linchamiento moral que durante décadas ha padecido Hughes, cuyo genio y prestigio se han visto eclipsados por el escándalo; por otro, la larga sucesión de oportunistas que han lucrado con la leyenda doméstica de Plath. *La mujer en silencio* no es, por tanto, una biografía más de Sylvia Plath, sino un loable esfuerzo por situar cada pieza del tablero (parientes,

amigos, enemigos, biógrafos) en el lugar que les corresponde y abordar con la mayor objetividad posible la situación de quienes sobrevivieron a Plath, es decir, los malos del cuento, el esposo infiel, la cuñada parapetadora y la madre cuervo de la poeta, la que hizo publicar las cartas que Sylvia le escribió mientras estudiaba en el Smith College y comparó con el yerno jugosas regalías.

Malcolm recurre a fuentes antagónicas: las que han levantado un altar a la poeta trágica y las que aseguran que Hughes era una víctima de las manipulaciones de su mujer. No hay veredicto de culpable o inocente, no obstante que hacia el final del libro la periodista incurre en el error que no ha hecho sino postergar: sucumbir al desamparo de un Hughes ya anciano que se ha visto forzado a permanecer recluso la mitad de su vida y al que nunca llega a conocer en persona:

En 1971, alguien intentó quemar mi casa de Yorkshire (donde yo trataba de vivir por entonces) —le escribe el poeta a Malcolm—, apilando todos mis años de correo acumulado, con otros papeles y toda mi ropa —una pila en cada uno de los tres dormitorios, y con una máquina de escribir encima de cada pila— y prendiéndole fuego. La casa estaba tan húmeda (acababa de volver a instalarme en ella), que las hogueras simplemente hicieron agujeros en el suelo y cayeron como brasas dispersas a las habitaciones de abajo...

Malcolm reconoce que reunir las piezas que permitan reconstruir a la verdadera Sylvia Plath resulta imposible en vista de la variedad de versiones ofrecidas por quienes la conocieron y las cuales contrastan dramáticamente. En cuanto a la escritura de Sylvia, Malcolm no vacila en juzgarla de “desagradable”, no en el aspecto estético sino por cuanto refleja. Escritora ella misma, la autora entiende, sin embargo, que “El auténtico yo es agresivo, grosero, sucio, desordenado, sexual; el yo falso que nuestras madres y la sociedad nos mandan asumir es limpio, pulcro, ordenado, educado y se contenta con cortar un casto capullo con unas tijeras con baño de plata” (p. 167).

En ello radica la fascinación que despierta la personalidad de Sylvia Plath: por fuera, digna modelo de un anuncio norteamericano de cocinas, con una rubia cabellera impecablemente acicalada y teñida (su verdadero color era castaño), mejillas como manzanas, sonrisa perfecta y un primoroso delantal atado a la cintura. Por dentro, una poeta torturada

por la obligación de desempeñar un personaje que en el fondo detestaba, por su mortificante afán de perfección y una inseguridad tan inmensa como su ego. Sylvia es, por un lado, la personificación misma de la hipocresía norteamericana. Por otro, la oveja autoinmolada en el altar de esa misma hipocresía. La chica dulce de largas tobilleras con una visión del mundo lo bastante desencantada y perversa como para burlarse de sí misma y del rol que la sociedad le imponía: “¡Qué emoción!/ En vez de cebolla, me llevado el pulgar./ La yema, desprendida,/ se ha quedado colgando, como de una bisagra” (“Corte”).

Janet Malcolm, quien en su polémico libro *El periodista y el asesino*, publicado en castellano también por Gedisa, desmascara la naturaleza egocéntrica del periodista que “explota la vanidad, la ignorancia o la soledad de las personas, que se gana la confianza de éstas para luego traicionarlas sin remordimiento alguno”, en pleno ejercicio de sus funciones periodísticas, no vacila en delatar el verdadero propósito del biógrafo desde su propia posición de biógrafa en *La mujer en silencio*, como una manera de subrayar su intención de ser tan objetiva como sea posible. El biógrafo, como el periodista, se presenta con la máscara del buen samaritano deseoso de aportar un regalo al mundo: la Verdad. Pero cada biógrafo tiene una verdad mezquinamente personal que se empeña en sustentar, manipulando el material que se le atraviesa en el camino según convenga a esa verdad subjetiva.

Un caso en particular, el de la escritora Anne Stevenson, autora de una de las biografías contrarias a la leyenda de Sylvia titulada *Fama amarga*, a la que Malcolm destaca por encima de las demás por tratarse de la más polémica, ilustra hasta qué punto ha de lidiar el biógrafo con los parientes del sujeto biografiado y cómo el mostrar una cara de la moneda contraria a la instituida arruina su propia reputación y no del personaje. Tiene sentido: el muerto no puede defenderse ni demandar, es un acto cobarde adjudicarle defectos, vicios y actitudes que él o ella no podrán desmentir jamás.

Stevenson no quedó bien con nadie, ni con los Hughes (que empezaron manipulando su investigación y su escritura hasta llevarla una crisis nerviosa que la obligó a romper con ellos, cheque por concepto de adelanto incluido) y mucho menos con la crítica que la acusó de tenerle envidia a Plath. A pesar de su notoria inclinación hacia Ted por encima de Sylvia, que ella no tiene empacho en reconocer —casi todas las biografías han sucumbido al encanto de caballero inglés de